

PC3941

V4

V3

v.1



FONDO ALFONSO XIII
VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta La Campana y La Esquilla, Olmo, número 8, Barcelona

Prólogo

Hablando á las gentes de los infortunios del Padre Verdagner, he podido dividirlos en tres grupos: las de poca fe que los negaban; las que con hambre y sed de justicia, á todo trance querían luchar y evitarlos, y finalmente, las pobres de espíritu, que dudaban de ellos y ponían mis palabras en cuarentena.

Las primeras, eran enemigos del padre Verdagner; las segundas, sus defensores y amigos; las terceras, hombres tibios, inútiles para amigos y que se preguntaban con asombro «por qué ha de tener enemigos el Padre Verdagner?»

Estos últimos dudaban de la buena fe de los defensores, como dudaban de la realidad de las persecuciones. Eran egoístas para comprender á aquéllos y necios para creer en estas. Eran los más. Eran el reñafío. Eran la *pasta social*, ni buena ni mala, ni resplandeciente ni opaca.

Estos indecisos que preguntaban ¿por qué? á las detracciones y á las defensas, eran el *por qué* de unas y otras. A ellos va dirigido este libro. No es arma de combate, ni tea de discordia. Es un deseo de luz y de verdad. Verdagner no necesita defensores ergotistas, ni sus enemigos merecen munición de racionios. Siendo Verdagner un hombre bueno y obrando el bien toda su vida, sus enemigos, por razón natural, debieron ser malos. Malos, con maldad de espíritu, á pesar de todas las mistificadoras apariencias del rango, de la consideración y de la posición sociales. Esto no necesita

010571

de demostración. «El que no es conmigo, es contra mí», ha dicho Jesús en su Libro, fijando para siempre, en esta sentencia, la imposibilidad de ser bueno y malo al mismo tiempo.

En este libro se señalan los enemigos del Padre Verdagner. Hay muy pocos nombres, sin embargo. Hay menos hombres todavía. Los principales enemigos no son esos. ¿Sabéis quiénes son los principales enemigos del Padre Verdagner? Los vicios sociales: el medio ambiente de hipócrita maldad en que vivimos. Ese es el *por qué* buscado en balde, gentes faltas de espíritu, que tenéis ojos y no veis, oídos y no oís: y ese *por qué*, como he dicho al principio de estas líneas, está en vosotros mismos.

¿Qué hizo Verdagner para concitar sobre su frente unida todas las iras del medio ambiente de hipócrita maldad que nos rodea? Vivir según la bondad de su corazón.

¿Qué arma principalmente aguzaron sus enemigos y esgrimieron contra él? Había abierto los labios para decir serenamente la verdad.

¿Qué formidable acusación echaron sobre el sacerdote sus capitanes y maestros? Hizo más caso de su conciencia viva y justa, que de los mandatos arbitrarios y caprichosos.

¿En qué razón capital se apoyaban esos mandatos? Verdagner, como Cristo, no distinguía de judíos y publicanos; á unos y otros hacía el bien, porque á todos los tenía por hijos del Padre.

¿Hay más? Sí, todavía hay más. Verdagner, con grandeza natural de inspirado, se había remontado como el águila, sobre la turba de gorriones que le escarnecía. Verdagner, con franca sencillez cristiana, no se adhería á capillitas estrechas, no uncía el cuello al yugo de ningún partido, vivía para el bien de Dios y el bien de los hombres, generosamente. Verdagner, por razón del sitio que ocupaba en una casa alta, era poderoso y no se mostró venal en su poder. Los ambiciosos le vieron y murmuraron de él. A causa de su poder le combatieron.

La lucha de Verdagner fué más grande de lo que se ha venido creyendo hasta ahora. Lo de menos en esta lucha son las personas y los nombres. No los hay bastante grandes, para enemigos de tan alto espíritu. Lo esencial en esa lucha, que acabó con las energías del que tuvo fuerza para desenterrar un mundo y colocarlo sobre sus hombros, fueron las pasiones, las corrupciones, las mentiras y los intereses de una sociedad que está viviendo de apariencias.

Y acabó de exasperar la lucha el carácter sacerdotal, que daba mayor trascendencia y más comprometedor relieve al apacible vivir del varón santo.

••

Fué bueno y los hipócritas vieron en la sencillez de su espíritu, un peligro para la corrupción de los suyos.

Dijo la verdad y quisieron tapanle la boca los que viven de la mentira.

Desoyó los mandatos injustos y entraron en furor los que no tienen otras armas que la potestad para elevarse, ni piden para hacer felices á los hombres otro requisito que la obediencia.

Entró en la casa del publicano, aceptó el auxilio del impío y murmuraron de él escribas y fariseos.

Fué grande y le envidiaron. Libre y quisieron esclavizarle. Poderoso y le derribaron.

Poned de un lado á Verdagner y del otro á sus enemigos. Vale tanto como poner frente á frente la Verdad y la Hipocresía; el bien generoso y los vicios egoístas; la libertad sencilla del varón de Dios y la potestad tiránica de los que se rigen por las leyes de los hombres.

Esta fué la verdadera lucha de Verdagner.

••

Fijaos bien en los apasionamientos que despertó esa lucha. Si solo se hubieran discutido en ella hechos concretos, acusaciones formuladas con más ó menos rectitud de intención, no hubiera alcanzado las proporciones alarmantes, que en ocasiones estuvieron á punto de provocar un

verdadero cisma en las entrañas del obispado. Se habrían aclarado los hechos, como se aclararon; se habría contestado á las acusaciones, como se contestó: la ligera turbación se habría extinguido, y remitidas las cosas á su centro, nadie habría vuelto á hablar de Verdagner ni de la desventura que le hirió en hora desgraciada. Pero el mal no estaba allí. Lo de menos eran los hechos, lo de menos eran las acusaciones, lo de menos eran las mismas calumnias que con desvergüenza procaz salieron á relucir á propósito del santo sacerdote. La cuestión debió empezar por una ruín ambición personal y se engrosó luego de todas las ambiciones sociales. La empujó la envidia. Le dió viento la mentira, campo la hipocresía, fuego la ruindad egoísta, consistencia el oro de los amenazados, inextinguible veneno la altivez de los desobedecidos.



Veréis en este libro como se huye de personalizar la lucha y de hacer á uno solo responsable de la maldad de todos. El espíritu de serena imparcialidad con que procede su autor, creo yo, que es una de las dotes que lo hacen más precioso.

Veréis que los enemigos de Verdagner se unen por grupos; veréis que estos grupos se agrandan en partidos, casi en sectas; veréis que su bendita sotana le vale asimismo el desamparo, cuando no la persecución de los mismos eclesiásticos; veréis á Verdagner, reducido á extremo de miseria; sostenido por los humildes; alimentado por los pobres; viviendo de la caridad y del amor de los justos; recibiendo sobre sus humildes plantas la devoción de los verdaderos creyentes y el óleo de los infortunados!... Y cuando lleguéis á este punto, gentes indecisas, ya comenzareis á comprender el *por qué* de los infortunios del sacerdote nobilísimo.

Si los enemigos de Verdagner hubieran estado en lo cierto, si sus persecuciones hubieran descansado sobre una base justa ¿no habría merecido el santo poeta igual juicio

fuera de su diócesis que dentro de ella? No es una la justicia aquí y otra allí. La verdad no deja de serlo con el cambio de lugar. Y sin embargo el perseguido, el loco, el desamparado y menesteroso de Barcelona, recibe pleito homenaje de las gentes de Madrid.

El expulsado de acá, sigue manteniéndose firme y seguro en el amor y en la consideración de sus amigos roselloneses.

Por donde quiera que el nombre de Verdagner es querido y sus infortunios *conocidos*, el fallo no se hace esperar y la opinión se decide sin vacilaciones por el gran poeta— ¿es que la justicia cambia de atributos y de esencia al entrar en nuestra tierra? No. Es que la lucha principal de Verdagner fué con el medio ambiente de maldad hipócrita que nos rodea, y los que estaban fuera de ese medio ambiente definieron con claridad y fallaron en justicia.



En mi concepto la plena demostración de toda la lucha que acabó con el santo sacerdote, está en las misteriosas maquinaciones de los que fueron siempre sus enemigos, en torno del lecho donde agonizaba.

Verdagner, como sacerdote y como hombre, había triunfado ya. Volvía á celebrar misa, á nadie le ocurría tacharle de loco. Pero, resto de las pasadas persecuciones, incubaba en su pecho una enfermedad mortal. Un día Barcelona entera se conmueve porque la voz de su poeta iba á apagarse. El batallón de humildes y desamparados que instintivamente había caído del lado de Verdagner, siente sobre su cabeza la proximidad de una hora solemne y todo el pueblo catalán se siente del interés que sólo provocan los grandes acontecimientos.

En un rincón de montaña agoniza el poeta y todo el pueblo cuenta los últimos latidos de su corazón. Puesta melancólica de sol, con Angelus de devociones y cariño.

En este momento alguien comienza á sentir sobre su conciencia todo el enorme peso de las acusaciones sinceras que en días de agitación y lucha, lanzó bravamente el sacerdote al aire y á la luz de la verdad.

La serpiente de la hipocresía se retuerce en un último anillo y arrastrándose sobre el lecho del enfermo, le busca el inocente cuello para anticiparle la muerte de unas horas. El santo varón recoge sus fuerzas, logra levantar el puño religioso, aplasta la cabeza del monstruo... y muere dulcemente en el Señor y en la verdad. Así mueren los justos.

La lucha terminaba, pero el vencedor moría; cuando la hipocresía no puede con las almas grandes, las expulsa de la tierra.

* * *

Esta sencilla historia de un varón justo, que no pudo realizar su justicia y su bondad en esta vida, vais á leerla en las páginas que siguen.

La malicia de los unos y la indiferencia de los otros—gentes indecisas—fueron causa de sus sufrimientos y de su muerte.

Quando los poderosos atacan y el humilde es combatido, no preguntéis nunca *¿por qué?* y poneos del lado del humilde. Pensad que éste no tiene más interés en la tierra que el de la verdad y los otros se mueven trabajosamente aplastados por el peso de innumerables intereses, el rango, la jerarquía, la representación política, el dinero, el poder, la envidia, el miedo, etc.; intereses que, en su mayor parte, son injustos y enemigos de la verdad.

* * *

No quiero retardaros más el goce de entrar vosotros mismos á gustar lo que encierra este libro.

Si amabais á Verdagner os será su lectura agradable como palabra de amigo.

Si dudabais de él levantará vuestro espíritu á una región alta de afirmación y de fervor.

Si sois enemigos suyos tal vez toque vuestro corazón ó tal vez mortifique y castigue vuestro espíritu cobarde.

Alabado sea en los tres casos.

E. MARQUINA

Barcelona, Febrero 1903.

CUATRO PALABRAS

En mi *Verdagner Vindicado* no pretendo escribir la historia de nuestro poeta; de su puño y letra, y de mano maestra, la escribió en las series de artículos que publicó en la prensa en 1895 y 1897. Del rosario de sucesos que tuvieron lugar más tarde para conseguir las licencias *in divinis*, nada nos contó, pues su natural pacífico le inducía á no publicar cosa que no fuese absolutamente necesaria para su defensa. Esto y las circunstancias extraordinarias que precedieron á su muerte, es lo único nuevo que se hallará en ese libro, folleto, ó lo que fuere. Precisamente por esta razón y por no tratarse de hacer historia, hemos invertido el orden cronológico de los sucesos empezando por el fin y, remontando luego la corriente, llegamos casi hasta el principio. A pesar de esto mi narración y mis comentarios resultan inteligibles por cuanto presupongo al lector enterado de cuanto Verdagner escribió de sí mismo, que para quien no lo estuviese mi trabajo ha de resultarle forzosamente ilógico y obscuro. Esto supuesto hay que reconocer que en su relato, á excepción de los hechos más principales y culmi-

nantes, que documenta debidamente, es Verdaguer muy personal y apenas si cuenta con más apoyo que la buena fe del narrador, que ya es de por sí testimonio de peso, sobre todo para cuantos tuvimos la fortuna de conocerle y tratarle con alguna intimidad. Mas cuantos no se hallaren en este caso es posible que al leer los mil incidentes que refiere cuando le perseguían, las celadas que le ponían, las murmuraciones con que le abrumaban y todo ese conjunto de malignidades que cuenta prólijamente, creyendo siempre que el relato responde á un fondo de verdad innegable, dude si todo ocurrió tal como se pinta ó si falsean algo el relato las suspicacias de una imaginación exaltada que abulte los sucesos y les dé un relieve y una importancia que fríamente examinados tal vez no tuvieren. Cuando nos cuenta, por ejemplo, que se le sitia por hambre alejando alevosamente de su lado á cuantos deseaban socorrerle; cuando acusa á su próximo pariente Narciso Verdaguer de que le levanta calumnias, á su primo Juan Güell de que le injuria siempre que le menta, etc., etc., el lector no iniciado vacila en pasarlo tal como lo lee y recela si el perseguido lo es realmente hasta ese inconcebible extremo ó si involuntariamente exagera. Así lo afirma; mas no nos explica ni cómo lo sabe, ni quién se lo ha dicho, ni cómo lo prueba. Esa duda es natural, y como así la estimo, en mi *Verdaguer Vindicado* procuro desvanecerla sacando á luz las cartas, noticias y confidencias con que los amigos fieles, que siempre y en todas ocasiones le han servido, le entera-

ban de cuanto se fraguaba en contra suya por la hueste asalariada y los devotos de Morgades. La publicación de estas cartas, escritas por quienes nunca pudieron soñar que viesen la luz, ni siquiera que fuesen previsoramente archivadas, demuestran hasta la evidencia que Verdaguer, en vez de exagerar sus relatos para mover la opinión, se quedaba corto, pecando de comedido y circunspecto. Cuando acusa en su terrible artículo *Siti per fam* á sus enemigos de vigilar su casa solo con el fin de alejar de ella todo socorro, el hecho abominable resulta justificado publicando los documentos en que consta la miseria á que lograron reducirle. De todo lo cual resulta que *Verdaguer Vindicado*, en vez de ser la historia del poeta, es el complemento de la veraz historia que de sí propio escribió, pues en él se publican *las fuentes de conocimiento* que en gran parte la inspiraron.

Es claro que la publicidad que doy á los documentos que juzgo más pertinentes á mi objeto, ha de saberles á rejalgar á sus autores, y más por tratarse algunas veces de personalidades salientes, que, dentro los convencionalismos sociales, son indiscutibles solo porque nadie las discute; mas la verdad tiene exigencias imperiosas y hay que someterse. Un cardenal, un abogado de nota, un grande de España, pueden creerse, desvanecidos por el incienso que les rodea, los ejes de un pueblo; y sin embargo ser en la historia unos perfectos desconocidos. En cambio un humilde capellán, que vive de su misa y se escurra modestamente por las calles

sin que nadie le vea, puede recibir el homenaje de la posteridad y prolongar la vida de un pueblo reavivando sus ideales. Hay que mirar adelante, hacia el porvenir que se abre en lontananza como el crepúsculo de un día que nace. Y pues nuestro poeta es tan catalán que encarna el alma de nuestro pueblo, y es su verbo (como en Zorrilla palpita el alma de Castilla), hay que asearle de la basura con que le desfiguraron catalanes renegados y vindicarlo sacándole á plena luz tal como fué en vida, cueste lo que cueste y caiga quien caiga. Siempre he creído que al defender á Verdaguer defiende á mi pueblo.

Fiat justitiae et ruat, caelum.

CAPÍTULO PRIMERO

La agonía de Verdaguer

Sumario: Qué se proponían sus enemigos.—Cómo procuraron aislarlo.—Cómo fracasó el proyecto de trasladarlo al sanatorio del Canigó.—Traslado del enfermo á Vallvidrera.—En qué se entretenían los médicos catalanistas que le asistían.—Cómo fué sacramentado Mosén Cinto.—Mosén Cinto otorga testamento ante el notario Sr. Permanyer.—Escándalo y secuestro.—Cómo y de qué manera pudo testar según su libre voluntad.

Cuando los enemigos de Verdaguer se dieron cuenta de la gravedad de su enfermedad, comprendiendo que estaba irremisiblemente condenado á muerte, no es muy aventurado suponer que procurarían sacar partido de la situación para rehabilitar antiguos prestigios que con su pluma había cuando menos puesto en entredicho ante los más refractarios. De mano maestra había pintado mitrados odiosos, sacerdotes rastrosos, parientes traidores, personajes serviles hincados ante el becerro de oro, y su prosa inimitable había sido muy leída, asaz comentada y había penetrado muy hondamente en la opinión. Y por ser así era lógico que á cuantos les doliera la llaga pensasen en reparar los daños causados; para conseguirlo no quedaba más medio que lograr que se retractase de cuanto en su ofensa había escrito y apoderarse de la documentación en que apoyó sus afirmaciones. Esa obra magna de reparación era cosa hecha si así lo consignaba en un testamento, libérrima y espontáneamente otorgado y firmado y rubricado de su puño y letra. Para esto precisaba apoderarse del ánimo del enfermo empezando por aislarlo de cuantos contrariasen el plan. El espíritu de un enfermo es blando como la cera y con mafia se le lleva por donde se quiere, y más si es sinceramente religioso, como lo era el de Verdaguer, y se le habla de la misericordia divina que no perdona en el cielo al pecador